

España de PARTE a PARTE

Folleton de Hermano Lobo

RESUMEN DE LO PUBLICADO: ¡De colores!

XVI

1954

1954 fue un año de resaca triunfalista por el éxito alcanzado con el Concordato y el Pacto de las Bases con los americanos. La prensa, que entonces no era nada canallesca sino servil y sometida, no hablaba de otra cosa. Los sesudos editoriales de periódico analizaban en profundidad estas dos proezas de nuestra diplomacia. Pio XII nos bendecía a manos llenas, abiertos los brazos y las



llama, nos abrían las fronteras y que incluso los yanquis nos regalaban leche en polvo para que los niños de escuela tomaran sopas a la hora del recreo, el Régimen, muy crecido de moral, cayó en la tentación de pedir Gibraltar movilizándolo las masas estudiantiles, atizadas con propaganda patriótica. Las calles de las ciudades con Universidad se vieron invadidas, en el día señalado, por la primera manifestación incontrolada. La cosa había comenzado bien, en plan de adhesión inquebrantable con gritos de Gibraltar español en dirección a la embajada y a los consulados ingleses, pero sea porque entonces ya se infiltraron los enanos o bien porque la Universidad es fuego y la policía estopa y viene el diablo y sopla, la cuestión es que aquella romería organizada por el SEU acabó como el rosario de la aurora, a pedradas, a vergajazos entre los estudiantes y la autoridad. Desde el ministerio llamaron al embajador inglés preguntándole si quería más protección y el embajador contestó que se conformaba con que mandaran menos manifestantes.

Y mientras el país cantaba ay Portugal por qué te quiero tanto o entonaba aquella suave melodía de las muchachas de la Plaza España son tan bonitas, mientras en las salas de fiesta se bailaba el bayón de la película Ana y los cruzados de cabaret comenzaban las primeras contorsiones del mambo y rok and roll, mientras el público en general admiraba los fabulosos musios que Silvana Mangano sacaba en Arroz amargo y los elegantes se sentaban en el taburete de las nuevas cafeterías y pedían un cuba libre con ron bacardí resulta que el Semiramis, que era un barco cargado de prisioneros liberados de la División Azul, atracó en el puerto de Barcelona. Una emoción violenta sacudió los entresijos de la patria.

El capitán Palacios pasó directamente a engrosar la nómina de nuestros héroes inmortales. La radio cubrió perfectamente aquel acontecimiento con gran despliegue informativo y las ondas se llenaron de voces dramáticas ¡madre! ¡hijo! como en un serial de Sautier Casaseca. La encendida y patriótica pluma de Torcuato Luca de Tena escribió el libro inefable EMBAJADORES EN EL INFIERNO y por él se enteraron los españoles de las frías y oscuras noches de Siberia, de lo altivos que fueron nuestros soldados, de lo perdidos que eran los rusos, de lo indómito de nuestros divisionarios, de lo malvado de los rojos, de nuestra nobleza y gallardía, de la baba maligna de los guardianes enemigos. Pero en el fondo algo quedaba sin explicación: si resulta que los soviéticos eran tan malos no se concebía cómo habían tenido la debilidad de soltar a los prisioneros y si habían accedido a liberarlos en un gesto amistoso no se explicaba por qué encima se les insultaba tanto. La cosa quedó resuelta: los rusos se vieron forzados a reparar a estos españoles porque su valor y altivez constituía un grave peligro para su país. Así se explica todo.

Por aquel entonces España estaba en plena autarquía, construyendo pantanos y remendando carreteras con adoquines, levantando monumentos a los caídos y mascando los primeros chicles que la VI Flota acercaba a nuestro litoral. Los primeros rubios de Oklahoma con gorrito de marinero llegaron a los puertos españoles y por los barrios chinos y las tabernas canallas comenzó a correr el dólar, nuestras adorables furcias tuvieron que aprender a chapurrear inglés con objeto de cerrar el trato, el precio del comercio carnal subió varios enteros y la blenorragia ibérica, transportada por aquellos defensores de Occidente, cogió un aire internacional. En 1954 murió Benavente y también Millán Astray, pero si aquel año fue malo para las letras la milicia, sería en cambio muy bueno para la técnica, porque al fin la autarquía había dado sus frutos: después de muchos cálculos e inversiones, después de mucho secreto industrial y programas financieros, los montes parieron un ratón técnico-manufacturado que obedecía con el nombre de Biscuter. El arte-

facto era como una perla con cuatro ruedas, te montabas en ella y los bordillos de la acera te parecían las murallas de Avila. Aunque entonces la novedad en locomoción fue acaparada por la Vespa, que era una moto que había puesto de moda la película Vacaciones en Roma.

Hasta 1954 el fervor religioso estaba concentrado en los ejercicios espirituales de San Ignacio, a base de un cura muy serio que te soltaba una plática en la capilla a oscuras, jugando con el reloj, con un flexo de luz iluminándole el mentón y que te hablaba de las postrimerías, del infierno y del crujir de dientes con retortijones de piloro. Por este tiempo nació, por contraste, un nuevo tipo de espiritualidad de signo machote que se llamaron Cursillos de Cristiandad, donde se alternaban los tacos rotundos de arriero y las dulces canciones pastoriles, donde cundía la histeria y el lloro a moco tendido, de modo que el descarriado entraba en el carril por cojones. Cuando por la calle se cruzaban dos cursillistas se gritaban ¡jde colores!! a manera de



palmas en gesto elegante y Eisenhower nos mandaba la chatarra sobrante de la guerra de Corea. El adagio español de mitad monje, mitad soldado había conseguido por fin salvoconducto y certificado internacional. La gente seguía cumpliendo en parroquia pese a haber caído en desuso la obligación de entregar un boleto con nombre y apellido cuando se comulgaba por Pascua Florida para el asunto de contabilidad, y el Ejército modernizaba su estructura con la organización de las divisiones pentónicas, que era invento de americanos.

Al comprobar que los países demoliberales, los de la partitocracia que se



saludo para indicar que estaban en gracia de Dios. Y si por una de aquellas resulta que no estabas de colores entonces la faena era tuya porque el compañero, llevado por un proselitismo alucinado, te perseguía con un cristo en la mano hasta el reservado del cabaret. Y así a ritmo de bayón, de mambo o de guaracha uno cogía la Vespa, cargaba a la novia en el portaequipajes y se iba al descampado a tomar cocacola y a fumar los primeros celtas, que eran dos lujos a su alcance, y cuando la cosa se ponía romántica se entonaba aquello de tres monedas en la fuente, el escobidú bidú o las muchachas de la Plaza España son tan bonitas. Y buenas y santas. ■ DON BENITO EL GARBANCERO.

(Continuará)

